

Corpus Christi

(Juan Pablo II, Homilía del 14 de junio de 2001)

La solemnidad del Corpus Christi está íntimamente relacionada con la Pascua y con Pentecostés: la muerte y la resurrección de Jesús y la efusión del Espíritu Santo son sus presupuestos. Además, está inmediatamente unida a la fiesta de la Trinidad, celebrada el domingo pasado. Sólo porque Dios mismo es relación, puede existir relación con él; y sólo porque es amor, puede amar y ser amado. Así, el Corpus Christi es una manifestación de Dios, un testimonio de que Dios es amor.

Hoy la Iglesia muestra al mundo el Corpus Christi, el Cuerpo de Cristo. E invita a adorarlo: Venite, adoremus, Vengan, adoremos. La mirada de los creyentes se concentra en el Sacramento, donde Cristo se nos da totalmente a sí mismo: cuerpo, sangre, alma y divinidad. Por eso siempre ha sido considerado el más santo: el "santísimo Sacramento", memorial vivo del sacrificio redentor.

En la solemnidad del Corpus Christi volvemos a aquel "jueves" que todos llamamos "santo", en el que el Redentor celebró su última Pascua con los discípulos: fue la última Cena, culminación de la cena pascual judía e inauguración del rito eucarístico.

Por eso, la Iglesia, desde hace siglos, ha elegido un jueves para la solemnidad del Corpus Christi, fiesta de adoración, de contemplación y de exaltación. Fiesta en la que el pueblo de Dios se congrega en torno al tesoro más valioso que heredó de Cristo, el sacramento de su misma presencia, y lo alaba, lo canta, lo lleva en procesión por las calles de la ciudad.

En la santa Eucaristía está realmente presente Cristo, muerto y resucitado por nosotros. En el pan y en el vino consagrados permanece con nosotros el mismo Jesús de los evangelios, que los discípulos encontraron y siguieron, que vieron crucificado y resucitado, y cuyas llagas tocó Tomás, postrándose en adoración y exclamando: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28; cf. 20, 17-20).

En el Sacramento del altar se ofrece a nuestra contemplación amorosa toda la profundidad del misterio de Cristo, el Verbo y la carne, la gloria divina y su tienda entre los hombres. Ante él no podemos dudar de que Dios está "con nosotros", que asumió en Jesucristo todas las dimensiones humanas, menos el pecado, despojándose de su gloria para revestirnos a nosotros de ella (cf. Jn 20, 21-23).

En su cuerpo y en su sangre se manifiesta el rostro invisible de Cristo. En la Eucaristía la mirada del corazón reconoce a Jesús y su amor inconfundible, que se entrega "hasta el extremo" (Jn 13, 1). Y en él, en ese gesto suyo, reconoce el rostro de Dios.

Benedicto XVI, (14 de junio de 2009), enseña que "De un modo único y peculiar, esta fiesta nos habla del amor divino, de lo que es y de lo que hace. Nos dice, por ejemplo, que se regenera al entregarse, se recibe al darse, no disminuye y no se consume, como enseña santo Tomás de Aquino. El amor lo transforma todo y, por tanto, se comprende que en el centro de esta fiesta del Corpus Christi está el misterio de la transustanciación, signo de Jesucristo que transforma el mundo. Al contemplarlo y adorarlo, decimos: sí, el amor existe, y, puesto que existe, las cosas pueden mejorar y nosotros podemos esperar. La esperanza que brota del amor de Cristo nos da la fuerza para vivir y afrontar las dificultades. Todos tenemos necesidad de este Pan, porque es largo y fatigoso el camino hacia la libertad, la justicia y la paz.

Podemos imaginar con cuánta fe y amor la Virgen recibió y adoró en su corazón la santa Eucaristía. Cada vez era para ella como revivir todo el misterio de su Hijo Jesús: desde la concepción hasta la resurrección. "Mujer eucarística" la llamó Juan Pablo II. Aprendamos de ella a renovar continuamente nuestra comunión con el Cuerpo de Cristo, para amarnos unos a otros como él nos amó.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)